

**JAPÓN VISTO POR FERNÃO MENDES PINTO
Y SAN FRANCISCO JAVIER**

Ángel J. Bravo

Javier Camacho Cruz

日本に來た最初のポルトガル人とスペイン人から見た日本

日本に來た最初の二人の西洋人の書き残した物は、一つは、ポルトガル人のメンデス・ピントの『東洋遍歴記 (Peregrinação)』、もう一つはスペイン人のフランシスコ・ザビエルの『書簡集 (Cartas y escritos)』であるが、この中で彼らが述べた日本に対する印象と感想を検討してみた。メンデス・ピントは中国からの絹や他の製品の取引に興味があり、商人として、また冒険家としての視点から日本を見ており、逆に、フランシスコ・ザビエルは、キリスト教の教えを熱烈に広め、日本人を精神的に救いたいという考えから日本を見ていた。即ち、二人は、完全に異なる考えを持っていた。二人の作品は、日本に來た西洋人の観点から日本を見た最初の資料であるので、大変貴重である。

二人が日本について最初に経験したことと、現代、外国人が、日本と日本人について考えることはあまり違っていない。これは日本人のメンタリティーが西洋と接触して450年以上たっているにもかかわらず、昔とあまり変わっていない、つまり、日本の伝統的な価値は、長い間の外国の価値観から影響を受けずに、特続しているという結論に達する。

I INTRODUCCIÓN

Es indiscutible que toda tierra desconocida está inmersa en quimeras y fantasías que excitan la imaginación. Quimeras y fantasías son así atributos lógicos de toda novedad. Creo que, en lo que el ser humano contempla por primera vez hay mayor autenticidad y verdad que en lo que se percibe habitualmente. La familiaridad con lo visto, nubla y oscurece el contenido de las cosas. Por esta razón, creo que no es tarea baladí, querer ahondar en la visión que los primeros europeos que llegaron a Japón tuvieron de este enigmático y siempre sorprendente país. No será excesivo el aporte de nuestro trabajo, pues partimos sencillamente del modesto propósito de constatar los testimonios de cómo vieron la sociedad japonesa aquellos que fueron los primeros en poner pie en esta tierra. Sin embargo, barrunto que —a pesar de los múltiples intercambios, relaciones y choques que los japoneses han tenido con Occidente durante el transcurso de los casi 470 años que se conocen— poco es lo que el alma japonesa ha cambiado substancialmente. Ciertamente, a través del tiempo, el japonés ha sufrido grandes transformaciones en la superficie o en lo superficial; no obstante, en su interior continúa siendo básicamente el mismo individuo que Fernão Mendes Pinto encontró cuando por primera vez llegó a Japón. Ni el primer empeño baladí que jesuitas, franciscanos y dominicos llevaron a cabo por cristianizarlos; ni la vertiginosa modernización de la Era Meiji; ni los avatares de la conciencia de superioridad de la Época Showa; ni el derrumbe total de ese sentimiento de supremacía tras las dos bombas atómicas; ni su vertiginoso crecimiento en la segunda mitad del Siglo XX —que lo llevó a convertirse en la segunda potencia mundial— lograron transformar esencialmente la forma de ser de los japoneses. Y esa perseverancia, en lo que los japoneses son esencialmente desde tiempo inmemorial, considero que es lo que los hace, en gran medida, únicos. Es también lo que ha llevado a muchos extranjeros a extremos de admirarlos con embeleso o sentir por ellos un rechazo visceral. Es también, esta persistencia de los valores tradicionales, la causa principal de que Japón continúe inmune a la violencia y al deterioro del tejido social y familiar que ha afectado a otras sociedades de Asia y África, donde las formas culturales foráneas han terminado por destruir las viejas pautas de conducta que controlaban eficazmente el instinto antisocial de sus individuos. Ha sido también esta contumaz defensa y enraizada confianza que los japoneses han tenido en su sistema social, lo que explica que se hayan mantenido inalcanzables y libres de las humillaciones predatorias que los europeos impusieron a casi todas las naciones de Asia. Esta condición de país inaccesible al yugo de la dominación extranjera, también les otorgó un encanto especial a los ojos de los occidentales, hechizo que se acrecentó a partir del año 1854, cuando Matthew Perry (1794–1858) rompió su aislamiento y lo forzó a abrirse a los demás países del mundo.

Japón fue el último gran país que se manifestó a los ojos de los europeos y también la utopía postrera en la historia de los descubrimientos. No sólo porque se suponía que allí se hallaban las

fabulosas islas —que los españoles llamaron—: Rica en Oro y en Plata, sino también porque para muchos cristianos fue la *tierra prometida* para la difusión del Evangelio. Por supuesto, Japón nunca enardeció la imaginación de los occidentales al grado que lo lograron leyendas como: El Dorado, el País de las Amazonas, la Tierra de la Fuente de la Eterna Juventud o el bíblico Monte Ofir —donde se suponía que se hallaban la minas del Rey Salomón—, por la sencilla razón de que cualquier utopía aviva en mayor medida el desenfreno de la fantasía que un lugar concreto y determinado de la geografía. A pesar de esto, sí podemos afirmar que tanto Japón como China —por lo peculiar y único de sus respectivas culturas— han aguijoneado desde el principio de su hallazgo el interés de los europeos por descubrir y penetrar sus secretos. Si bien China deslumbró a los occidentales por el refinamiento alcanzado en manufacturas como: la cerámica, la seda, los objetos de laca, y por la originalidad del pensamiento de sus grandes sabios y filósofos; considero que, las formas estéticas japonesas influyeron con mayor pujanza en el arte de Europa que los diseños chinoscos. A finales del Siglo XIX, hacia el año 1872, Occidente fue cautivado por los grabados japoneses o *ukiyo-e*, que se convirtieron en fuente de inspiración para pintores, escritores y compositores, creando con ello el primer estilo artístico europeo con raíces en Oriente, el cual conocemos como: *japonismo*.

Por esta y otras muchas razones, considero que es tarea sumamente importante acercarnos a la visión que Fernão Mendes Pinto y San Francisco Javier —cuyas miradas aún no estaban contaminadas de prejuicios— tuvieron, en sus respectivos escritos, de los japoneses.

II ANÁLISIS DE LA OBRA DE FERNÃO MENDES PINTO

Leer la extensa crónica de Fernão Mendes Pinto (1510/1514–1583) *Peregrinação* (*Las Peregrinaciones*) —obra de casi novecientas páginas, de quien se supone que fue el primer europeo en llegar a tierra japonesa, en concreto, a la isla de Tanegashima (種子島)— es un fantástico entretenimiento repleto de hazañas e intrigas, pero pobre en observaciones y reflexiones sobre los hombres que se fueron cruzando en su camino. Si el lector espera encontrar en la narración algún indicio o descripción que le acerque al ser y pensar de los japoneses del Siglo XVI, quedará defraudado. *Peregrinação* es un libro de prodigiosas aventuras y asombrosas desventuras. Un libro en el que al lector se le hace difícil deslindar lo real de lo fantástico. Es también un libro que cubre una larga trayectoria de más de veinte años en Oriente, desde 1537 hasta 1558. Un libro de incesantes correrías que llevaron al autor desde las costas de África Oriental hasta Birmania; de Sian a las Molucas; de Tartaria hasta Japón. Un libro que nos describe las portentosas vicisitudes de un hombre que pasó con la misma prontitud: de comerciante a pirata; de esclavo a embajador; de presidiario a jesuita coadjutor de San Francisco Javier. Se podría decir que la obra de Mendes Pinto se equipara al emblemático: *Il milione* (1299) —del primer gran explorador europeo de Asia: Marco Polo (1254–1324)—, si no fuera porque la crónica del italiano precede en unos trescientos años al

trabajo de nuestro autor. Como *Il milione*, *Peregrinação* es también un libro basado en vivencias directas y recuerdos preteridos. Ambos fueron escritos bajo la luz ya evanescente y distorsionada de la ancianidad. Uno y otro están adornados de añoranzas de un tiempo ido, venturoso y aventurero. *Peregrinação* nos deja perplejos ante la vorágine de avatares, lances, infortunios y adversidades que Fernão Mendes Pinto padeció en su largo periplo por tierras asiáticas. Sin duda, muestra su gran maestría al relatarnos, con minuciosa prolijidad, la perfidia de la fortuna que goza humillando a los confiados e incautos; y asistiendo, en el último momento, a los que ya dieron todo por perdido. Esta dinámica —de relativos éxitos y rotundos fracasos y desgracias— mueve incansablemente su pluma. Mendes Pinto suele terminar las rocambolescas anécdotas de sus correrías con alguna reflexión, entre taciturna y lírica, sobre lo huero y fútil de la existencia, cavilaciones que parecerían tomadas del *Eclesiastés*, los ejemplos abundan: “... No hay vida sin muerte, gusto sin pena, alegría sin llanto, victoria sin dolor ni contento humano que no acabe o empiece en desventura, porque el día de los bienes es víspera de los males en la fragilidad de nuestra vida...”¹ Sin embargo, su relato raramente nos lleva al placer de la reflexión y la introspección. Pocas veces sus observaciones penetran más allá de la apariencia de los individuos y llegan hasta las laberínticas contradicciones de los hombre que va encontrando en su camino. Mendes Pinto es un narrador hiperbólico de hechos y aconteceres, pero por lo general un mediocre observador, incapacitado para el arte del análisis de los tipos humanos. Nuestro autor ignora que, gracias a la magia del examen y descripción psicológica de los personajes, el lector trasciende los simples hechos y llega a integrarse como parte viva y participativa de la historia que está leyendo.

El protagonista principal de *Peregrinação* es, por supuesto: Mendes Pinto. Todas las múltiples peripecias que llenan las casi novecientas páginas giran alrededor de él. Esto hace también que nuestro autor se convierta en una especie de *Deus ex machina* de la obra; es decir que, por virtud de algún artificio resuelve casi siempre las dificultades que plantea la concatenación lógica de los hechos que nos está narrando, sin importarle romper la disciplina interna del relato. Durante la lectura de tantos y tantos infortunios, la vida del autor está siempre pendiente de un frágil hilo sobre el abismo. Únicamente la intervención providencial de la fortuna, le permite llegar hasta el final de la obra. No obstante, esta permanente oficiosidad de la providencia en el último momento, nos hace sospechar que en múltiples ocasiones el autor suple los hechos reales —quizá ya opacos por la bruma de la desmemoria y el tiempo— con la imaginación novelesca.

Como ya he dicho, Mendes Pinto es un fantástico narrador de aventuras a quien, por lo general, se le escapan los polifacéticos matices de los individuos que van cruzándose en su camino. Cuando me propuse realizar este trabajo, pensé que en este asombroso portugués y en el aún más sorprendente español Francisco Javier hallaría un inagotable filón de información que, únicamente

¹ Mendes Pinto, Fernão; *Las Peregrinaciones*, Clásicos Alfaguara, Madrid 1982, p. 777.

unos ojos tan prístinos y alejados de prejuicios como los de ellos, podían proporcionarme sobre un pueblo complejo y con una cultura única como es la del pueblo japonés. Indiscutiblemente, San Francisco Javier es un hombre más veraz y de mayor penetrante visión y análisis que Mendes Pinto. Muy importantes —para el inicial conocimiento de Japón— son los documentos que en *Cartas y escritos de San Francisco Javier* llevan los números: 90 y 96. La primera, dirigida: *A sus compañeros residentes en Goa*; y, la segunda: *A sus compañeros de Europa*. Aún así, su punto de vista estuvo, en gran medida, teñido por el dogma religioso que lo movía y el fervoroso afán por cosechar el mayor número de almas para la verdadera fe de Cristo, motivo principal que lo trajo a estas tierras. Esto hizo que Javier viera todo lo japonés, básicamente a través de las dificultades que se le oponían a la difusión del Evangelio. Por eso, no es de extrañar que su narración se distorsione en los momentos en que su prédica se vio obstruida por la oposición y enemistad de los bonzos de las diferentes sectas. Parece ser que, al principio, más que los señores feudales o *daimyō* (大名) se opusieron a la presencia de los *Namban* (南蛮) o ‘Bárbaros sureños’ —comerciantes y misioneros portugueses y españoles— los bonzos de las diez doctrinas principales existentes en Japón. Es a ellos, a los que tanto Francisco Javier en sus *Cartas y escritos* como Mendes Pinto en su *Peregrinação* dirigen su animadversión y diatribas. Ambos consideran a los bonzos no sólo como enemigos de la verdadera fe de Cristo y promotores de creencias demoníacas, sino también como un caterva de ignorantes y degenerados sodomitas, interesados exclusivamente en vender, al mejor precio posible, la salvación de sus fieles sin interesarles enmendar y corregir sus yerros y pecados.

Así pues, pocos datos relevantes encontramos en *Peregrinação* sobre la idiosincrasia japonesa, a no ser: su gran curiosidad e interés por las cosas novedosas —característica en que ambos autores coinciden—, y su innata capacidad para reproducir los objetos mecánicos agregándoles elementos que los perfeccionan. Esta observación parte de la prontitud con que los armeros de la isla de Tanegashima plagiaron el arcabuz que el autor, junto con uno de sus compañeros, introdujeron en Japón hacia el año 1543, y que recibió el nombre de: *tanegashima* (種子島) o *hinawajū* (火縄銃) por el lugar de su primera fabricación. Mendes Pinto señala que, los japoneses poseían una habilidad técnica innata que ningún otro pueblo de Asia podía superar. Otro aspecto de su carácter son sus súbitos cambios temperamentales. Mutabilidad que, en breves momentos y sin justificación aparente, puede convertir al más gentil y cortés de los japoneses en un auténtico energúmeno.

III FERNÃO MENDES PINTO Y ‘EL DESCUBRIMIENTO’ DE JAPÓN

Ya dijimos —en un trabajo publicado en el número anterior— que Mendes Pinto llegó a las costas japonesas, no por decisión propia sino por designio del azar, protagonista omnipresente en toda su obra. Haciendo una breve sinopsis de la historia: el autor junto con otros ocho compañeros

son rescatados de una remota isla en las costas chinas por el capitán de una flota corsaria, "... vino allí a surgir un corsario llamado Samipochecha, que venía huyendo de la armada de Aytam de Chincheo... Apretábanos a nosotros la necesidad y así ... asentamos partido con el corsario para servirle adonde quiera que fuese, hasta que Dios permitiera darnos más seguro pasaje para Malaca."² Tres de los ocho portugueses se embarcaron en la nave capitaneada por Samipochecha: Mendes Pinto, Diego Zeimoto³ y Cristovão Borralho.⁴ Y los cinco restantes subieron a bordo del junco que dirigía el sobrino del capitán. Durante la travesía, otros corsarios atacaron la pequeña flota y lograron hundir el junco donde viajaban los cinco portugueses.⁵ Afortunadamente, el junco de Samipochecha —en el que se encontraban Mendes Pinto, Zeimoto y Borralho— logró escapar ileso de la refriega. Nuevamente, un feroz tifón —hacedor invariable de gracias y desgracias en el Mar de la China— nos llevó primero a la isla de Lequios, más conocidas como: *Ryukyu-shotō* (琉球諸島),⁶ la actual Okinawa, de donde parece que era natural el corsario Samipochecha. Sin embargo, no pudieron desembarcar a causa de una nueva tempestad. Durante veinte y tres días vagaron perdidos a merced de las olas y los vientos, hasta que al final vislumbraron tierra. Pinto nos relata su llegada a Japón de la siguiente forma: "... y uno de los seis nos dijo que el Nautakin (señor de aquella isla, que se llamaba Tanixumaa) [*Tanegashima Tokitaka* (種子島時堯)1528–1579] daría licencia de buena gana si le pagásemos los derechos que se acostumbran a pagar en el Japón, que es aquella grande tierra que allí frontero se aparece..."⁷

La primera observación que Mendes Pinto hace sobre el carácter japonés es cuando cuenta que el Señor de Tanegashima, al conocer que a bordo del junco habían llegado tres hombres barbados y de extraña catadura, curioso e intrigado llegó hasta donde estaba anclado. "Anduvo todo el barco de proa a popa, considerando atentamente sus particularidades; y al fin se vino a sentar en una silla debajo de cubierta y allí nos preguntó algunas cosas que deseaba saber sobre nuestra tierra... Muy grande rato se entretuvo con nosotros, mostrando en su modo que era discreto y

² Ibid., p. 501.

³ En realidad, es Diego Zeimoto el introductor del arcabuz en Japón. Mendes Pinto nos narra este hecho de la siguiente forma: "*En medio de tanta ociosidad, tenía por entretenimiento uno de nosotros, llamado Diego Zeimoto, irse de ordinario al campo a tirar con un arcabuz (que había traído de Tartaria), ya que era muy inclinado y muy diestro tirador... Los japoneses, que por ser la laguna cerca del lugar oían el ruido de la pólvora, acudieron a donde el tirador estaba: admirados de ver con la facilidad y modo con que mataba los pájaros... el Nautakin... espantóse como todos de la novedad que oía y envió a llamar a Zeimoto, que todavía estaba en la laguna...*" Ibid., p. 507.

⁴ El tercero de los portugueses en pisar tierra japonesa: Cristovão Borralho, debió de ser hombre serio y taciturno, porque Mendes Pinto nos lo describe brevemente, cuando el Nautakin lo prefiere a él y no a Borralho diciendo: "... de ese otro (refiriéndose a Borralho) aunque es de estima para cosas más graves, entre enfermos antes servirá de aumentar la tristeza y de causar melancolía..." Ibid., p. 512.

⁵ "... quedaron quemadas tres velas: dos del enemigo y una nuestra, que fue aquella en que iban los cinco portugueses, a la cual de ninguna manera pudimos ayudar desde la nuestra..." Ibid., p. 501.

⁶ "... nos fue forzoso arrimarnos en popa a la isla de Lequios, adonde el corsario con que íbamos era muy conocido, así del Rey como de mucha gente de la tierra..." Ibid., p. 501.

⁷ Ibid., p. 502.

curioso...”⁸ Tras esta observación de moderación e inquisición, siguiendo el sendero de la lectura constatamos que Mendes Pinto está más interesado en darnos minuciosa información sobre los vaivenes de los trapicheos mercantiles en la venta de los productos que todavía Samipocheca tenía en la bodega del junco, que en describirnos sus impresiones acerca de cómo eran, cómo se comportaban y cómo vivían o vestían. En fin, esa reseña detallada de *cómos*, a la que todo viajero atento presta cuidado cuando se encuentra con una nueva cultura y sociedad que lo sorprende.

Una vez terminada las disyuntivas comerciales, el Señor de Tanegashima tornó su interés hacia los portugueses. Aquí Mendes Pinto da prueba del hombre habilidoso e intuitivo que era, razón que explica la suerte que siempre le acompañó y le ayudó a salir ileso de los múltiples peligros que le acecharon durante los veinte años que duró su peregrinación por Asia. “Acabando de negociarlo convenientemente el despacho de las mercaderías, el Nautaquín preguntónos por cosas extranjeras muy mesuradamente, a las que respondimos más a su agrado y a su gusto que conforme a la verdad: ... aunque es así que sólo nos alargamos [mentimos] engrandeciendo las cosas de nuestra patria, porque no se perdiese la estimación en que la tenían aquellos bárbaros...”⁹ Comprobamos que el autor confiesa sin reparos, que no le importa mentir, no sólo como se justifica en esta ocasión, para *engrandecer las cosas de nuestra patria*, sino que más a menudo se escuda en la falacia como recurso para ensalzar sus proezas. Tanegashima Tokitaka despidió a los corsarios chinos, pero solicitó que los tres portugueses se quedaran cerca de su villa. Con este fin, se solicitó a un rico hombre que les diera posada, porque teniéndolos cerca podría preguntarles más asiduamente. Aparece aquí la íntima correlación que existe entre el deseo de los japoneses por conocer y la cordialidad hacia el extranjero. Cualquiera que haya vivido por algún tiempo en Japón, habrá notado la intrínseca relación entre el inquirir para aprender y la efusión japonesa; una vez que se ha terminado la necesidad del aprendizaje, esa cordialidad suele diluirse y desaparece.

Durante doce días Mendes Pinto, Zeimoto y Borralho fueron huéspedes del Señor de Tanegashima. Durante estos doce días de ocio, ocurrió el suceso de los arcabuces. Como los piratas chinos —a pesar de los percances sufridos— aún tenían algo en la bodega de su junco para vender, se aprestaron al negocio; los portugueses, que no llevaban nada más que la vida consigo mismos, se dedicaron al ocio y el recreo. Así lo cuenta: “Nosotros los tres portugueses, como no teníamos qué vender, andábamos pescando y cazando y viendo edificios, que los había de mucha majestad y riqueza, como sus pagodas, en las cuales los bonzos nos hacían, por forasteros, muchas fiestas: porque generalmente son las gentes de Japón naturalmente agradables e inclinados a la conversación...”¹⁰

⁸ Ibid., p. 504.

⁹ Ibid., p. 504.

¹⁰ Ibid., p. 504.

Como ya hemos señalado, durante esos días ociosidad en que Diego Zeimoto se ocupó en cazar por los arrozales de Tanegashima, fue que sus disparos despertaron la atención de todos. “Con no menor sorpresa que sus vasallos, quedó el Nautaquim desde que lo vio. Tomó el arcabuz, mirábase muchas veces por todas partes, ... pareciéndole imposible que un poco de hierro puesto en un palo, que ni se movía ni tenía vida, se las quitase a las aves desde tanta distancia; y que despidiese de sí rayos de fuego envueltos en truenos de tanto ruido...”¹¹

Tras las demostraciones de Zeimoto, el Príncipe quedó tan agradablemente sorprendido y satisfecho que otorgó al portugués la honra de hacerle su pariente. Éste, para retribuir tal honor, le regaló el arcabuz, por lo que Tanegashima Tokitaka: “Mandóle dar por él mil taeles de plata [antigua moneda china] y le rogó que quisiese enseñarle a hacer la pólvora: pues sin ella, echaba de ver que no tenía valor alguno aquella pieza; lo cual Zeimoto hizo de buena gana...”¹² Como de costumbre, Mendes Pinto exagera la suma de: *mil taeles* que el daimyō estuvo dispuesto a pagarle por el arcabuz, con el fin de recalcar el valor que éste otorgaba al arma.

Poco después, el autor va a describir el éxito fulminante que tuvo la fabricación de arcabuces, y con ello nos deja entrever su juicio admirativo sobre la condición laboriosa y esforzada de los japoneses: “Éste fue el principio que tuvieron los arcabuces en el Japón, y éste el primero que se vio en aquellas partes, que después se vieron aumentar mucho,... de manera que cuando nosotros salimos de aquella ciudad, que fue después de cinco meses y medio, dejaríamos labrados en toda aquella tierra más de seiscientos arcabuces. Y después, la última vez que yo fui a Japón, por el año de mil y quinientos cincuenta y seis¹³, que me envió el Virrey don Alfonso de Noronha a llevar un presente al Rey de Bungo, me afirmaron los japoneses que en la ciudad de Fucheo, adonde hallé a aquella Alteza y es metrópoli de aquel gran Reino, había más de treinta mil arcabuces. Y admirándome yo mucho por dudar de que en tan pocos años hubiesen tanta de aquella mercadería, me dijeron que sin duda ninguna, había en todo el Reino de Japón más de trescientos mil arcabuces... y en ciudades, villas o poblaciones suntuosas hay notable cantidad: por donde se echa de ver cuán belicosos son los japoneses y cuán inclinados por su natural a todo lo que es ejercicio militar, en la cual aquella nación se deleita, más que cuantas en aquellas partes remotas se conocen...”¹⁴ La belicosidad de los japoneses, su inclinación a todo lo que fuese el ejercicio de las

¹¹ Ibid., pp. 507 – 508.

¹² Ibid., p. 509.

¹³ Fernão Mendes Pinto —en los trece años que transcurrieron entre su primer viaje en 1543 y el último en 1556— visitó Japón aproximadamente cinco veces. En el primero, encontramos la anécdota de los arcabuces. En el segundo, rescató a Paulo de Santa Fe o Anjirō de sus perseguidores y lo llevó hasta Malaca, donde se lo presentó a Francisco Javier. En el tercero, en 1551, estuvo presente cuando los portugueses embarcaron al futuro Santo, fracasado en su intento por convertir a los japoneses y ya bastante enfermo, y lo devolvieron a Malaca. En el cuarto, en 1554, liberó a sus esclavos y fue a Japón como novicio de la Compañía de Jesús. En el quinto, en 1556, como aquí lo explica, llegó como embajador del Virrey don Alfonso de Noronha ante el Daimyō de Bungo.

¹⁴ Ibid., p. 509.

armas y el alto concepto que tenían de la hidalguía y el pundonor impresionaron por igual a Francisco Javier. Y, por supuesto, a todos aquéllos que llegaron a tierras japonesas, como fue el caso de Jorge Álvares —compañero y amigo de Mendes Pinto— quien dejó la segunda descripción de un extranjero laico sobre Japón. La primera descripción que se tiene de Japón, pertenece al marino gallego Pero Diez, quien tal vez llegara por las mismas fechas que el autor de *Peregrinação*, y que he encontrado en la obra de Boxer: *The Christian Century in Japan*.

Antes de terminar este apartado sobre el primer viaje de Mendes Pinto, es importante mencionar una anécdota que nos da idea del temperamento mercurial de los japoneses. El autor fue elegido por Tanegashima Tokitaka para ir a visitar al Daimyō de Bungo¹⁵, puesto que este Señor supo que en la isla había tres extranjeros, remitió una carta a su yerno, diciéndole: “... os hago saber, que los días pasados me certificaron y dijeron hombres vasallos míos que vinieron desaterra, que en esa vuestra ciudad teníades tres Chenchicogines¹⁶ del cabo del mundo, gente muy parecida a los japoneses... Por lo que os pido mucho, como hijo mío, en cuyo lugar os tengo, que con mi embajador Fingeandono, que os va a visitar de mi parte a vos y a mi querida hija, seáis servido de enviarme a uno destos tres hombres que tenéis, ay, de tan apartadas tierras...”¹⁷ Así pues, Mendes Pinto fue elegido en lugar de Christovão Borralho, por ser hombre más alegre, abierto y dicharachero. Llegado a Bungo, Mendes Pinto consigue curar al Daimyō, que estaba afectado por un fuerte ataque de gota, recomendándole que “... para el mal que padecía era muy a propósito un palo que en el junco en que yo vine al Japón habíamos traído de China, cuya agua curaba más peligrosos achaques y más apretadas dolencias que la que su Alteza padecía...”¹⁸ Se trajo el palo, el Daimyō bebió el agua y curó de sus dolencias. Sería trivial entrar a describir las fiestas, los regalos y la gratitud de su Alteza para con su benefactor. Pero el destino, que siempre tiene predilección por convertir los grandes momentos de dicha en tenebrosas tragedias, quiso que, el único hijo del Señor de Bungo se encaprichara del arcabuz. Una tarde, en que Mendes Pinto hacía la siesta, entró en la habitación donde éste se hallaba descansando, y cogiendo el arma que colgaba de un clavo en la pared, se fue con otros amigos y sirvientes a cazar pájaros. No conociendo la cantidad exacta de pólvora, puso demasiada en la recámara y le explotó, hiriéndole gravemente el pulgar y la cara. “Cayó en esto en el suelo como muerto, y viéndole así los dos criados,... fueron a Palacio gritando por las calles y diciendo a grandes voces que el arcabuz del extranjero había muerto al hijo del Rey. A estas voces se levantó gran ruido y alboroto, que parecía hundir la ciudad... A esto respondieron todos los circundantes que bastante culpa era la mía, y que me diesen cruel muerte sin detener el

¹⁵ La Provincia de Bungo (豊後国 *Bungo no kuni*) fue un antiguo señorío en la parte este de Kyūshū, en el área de la actual de la Prefectura de Oita. También fue llamada: Hōshū (豊州), formando parte de la Provincia de Buzen.

¹⁶ Patronímico que los japoneses dieron a los primeros portugueses que llegaron a Japón.

¹⁷ *Ibid.*, p. 511.

¹⁸ *Ibid.*, p. 515.

castigo que merecía... Poco se satisfacían con mis disculpas; antes, para que declarase lo que pensaban que sabía del caso, me volvieron a amenazar de nuevo, poniéndome delante muchas diversidad de instrumentos para quitarme la vida y despedazarme el cuerpo, en que se detuvieron por espacio de tres horas...”¹⁹ Finalmente, el hijo del Daimyō despertó del desmayo, declaró la inocencia del portugués; y éste se ofreció a curarle, cosiéndole el pulgar y la cabeza. Posiblemente este suceso sea uno de los momentos más dramáticos de toda la obra. A través de su lectura nos queda patente el enconado odio de bonzos, criados y villanos contra el extranjero, al pedir todos al unísono un castigo inmediato y ejemplar para el sospechoso, sin pensar nadie en su posible inocencia. Solamente la calma del Señor de Bungo y la veracidad del joven Príncipe son los asideros que salvaron la vida del autor. Poco después, Mendes Pinto volvió a Tanegashima y, a los pocos días, la nao del corsario Samipochecha emprendió el viaje de regreso a Liampoo en la costa china.

IV SEGUNDO VIAJE DE MENDES PINTO Y SU ENCUENTRO CON ANJIRŌ

Después de participar en las conflictivas luchas del Reino de Pegú,²⁰ Mendes Pinto regresó a la India, y de allí volvió a embarcar para Malaca. Corría el año 1546, cuando de esta ciudad, donde apenas estuvo un mes, puso rumbo hacia Japón junto con Jorge Álvares,²¹ en una nave fletada por Simão de Mello, Capitán de la fortaleza de Malaca. Hacía tres años que no había vuelto a pisar tierra japonesa. Aquí comienza el segundo periplo de nuestro autor al país que él había descubierto a los ojos de los occidentales. En este viaje su situación fue muy diferente. Ya no era, como en el primero, un infeliz náufrago a merced de corsarios chinos y abandonado al imprevisible arbitrio de tempestades y huracanes. Ahora formaba parte de un grupo considerable de comerciantes portugueses que iban a bordo de una nao —el mejor buque que existía en ese momento— y tenía un objetivo claro y preciso: mercar los productos chinos que llevaban de Malaca. “Habiendo veinte y seis días que navegábamos con viento bonancible, dimos vista a la isla de Tanixumaa... El Nautaquin (así llaman al Príncipe, señor della), por su curiosidad y por cosa nueva que allí nunca viera, se vino luego a nuestro bordo, no poco espantado del velamen y aparato de la nao, que era la primera que había ido a aquella tierra...”²² Era la primera vez que llegaba a un puerto japonés una nave de este porte y envergadura que —con su arboladura, vergas y velamen— tenía que contrastar llamativamente con los humildes juncos. Durante la lectura, me resultó extraño que en ningún

¹⁹ *Ibid.*, pp. 516 – 519.

²⁰ El Reino de Pegú se encontraba en la actual Birmania, donde Mendes Pinto estuvo entre sus dos viajes a Japón.

²¹ Generalmente se suele confundir al Capitán Jorge Álvares —amigo de Mendes Pinto y San Francisco Javier— con el primero portugués que llegó a China, después de Marco Polo, llamado también Jorge Álvares, quien estableció el primer contacto con el Imperio del Centro en Guangdong, en mayo de 1513. Posteriormente, levantó un padrão en la isla Lintin, en el estuario de río de la Perla, tomando posesión en nombre del Rey de Portugal que, con el tiempo, sería el origen de la colonia portuguesa de Macao.

²² *Ibid.*, pp. 770 – 771.

momento Mendes Pinto hiciera referencia a su antigua amistad con Tanegashima Tokitaka, ni incluso a su previa visita a la isla. Todo transcurre como si jamás hubiese pasado por esa tierra. Incluso, a pesar de la invitación del Daimyō para que se quedaran mercando los productos, los portugueses prefirieron dirigirse a Bungo, con el fin de obtener mejor venta y precios por sus mercancías. Finalmente, desembarcaron en la ciudad de Funcheo, puerto del Reino.

Durante la estancia de los mercaderes portugueses en Bungo, ocurrió una de las muchas guerras y matanzas del Periodo Sengoku o Estados en Guerra, que cautivó la imaginación de Mendes Pinto por su saña y sentimentalismo. El autor refiere minuciosamente, en una docena de páginas, la muerte del Daimyō de Bungo, guerra cuyo origen se hallaba en una historia peregrina de rencillas familiares y amores imposible que tiene todas las características melodramáticas de Romeo y Julieta o Los amantes de Teruel. A partir de un hecho trivial, los acontecimientos se complicaron, dando paso a grandes tragedias y guerras fratricidas como era natural durante el turbulento Periodo Sengoku. En este estado de cosas, con el asesinato del Daimyō y el puerto de Funcheo ardiendo, a los mercaderes portugueses se les hacía difícil vender las mercaderías. Atinadamente decidieron levantar velas y dirigirse al puerto de Canguexumaa (Kagoshima 鹿児島). Pero aquí se encontraron con tanta afluencia de juncos, que la seda y otros artículos se vendían por una tercera parte de lo que habían costado en China. Como es habitual en *Peregrinação*, cuando la situación llega a un callejón sin salida, interviene invariablemente la mano de la Providencia, y un tifón hundió la mayoría de los juncos chinos, dejando intacto el barco donde Mendes Pinto y los otros comerciantes tenían sus géneros. Pasada la tempestad, los portugueses pudieron vender sus mercancías a precios exorbitantes. Ricos y afortunados dispusieron su regreso a Malaca.

Se aprestaban a partir de la bahía de Kagoshima, cuando la veleidad del hado dispuso el casual encuentro con Anjirō (アンジロー) o Yajirō (ヤジロウ) o Paulo de Santa Fe (1511–1550), el hombre que robusteció la determinación de San Francisco Javier para que viniera a Japón y llevara a cabo su labor pastoral. “Hicimos pues nuestro empleo y quisimos hacernos a la vela el día de los Reyes de aquel año²³ por la mañana...”²⁴ Después de superar una larga serie de dificultades: como la ruptura del trinquete, el hundimiento del ancla y otras calamidades con las que el destino parecía oponerse a la partida de los mercaderes portugueses; finalmente los contratiempos se solucionaron. “Estando libres algún tanto dél [del peligro], aunque medrosos todavía de otro mayor, vimos bajar de encima del morro, con grande prisa, dos hombres a caballo, que haciéndonos de señas con una toalla y grandes voces para que los atendiésemos, nos decían que los recibiésemos en la nao... Tal novedad como esta crío el deseo de saber qué era aquello... pedí al Capitán que me enviase a mí a reconocerlos en la manchúa. Fui en ella con otros dos compañeros y llegando a la

²³ Día de Reyes del año 1547.

²⁴ *Ibid.*, p. 779.

playa adonde ya nos esperaban los dos de a caballo, uno dellos, el que parecía ser el más autorizado, me dijo... que por la bondad de mi Dios que sin reparar en dudas... le recogiese con prisa en el batel... Esto me obligó a recibirle a él y al que le acompañaba. Entraron los dos en la manchúa y apenas lo estuvieron cuando se mostraron veinte y tres de a caballo, que a todo correr venían en su demanda. Llegados todos a la playa adonde yo estaba, me dijeron a voces que les volviese aquel traidor, so pena de que me matarían. Yo, con algún recelo, me hice a la mar un tiro de ballesta, y desde allí le pregunté lo que querían y ellos me respondieron: Si llevares a ese Japón (señalando al primero que me había hablado), está cierto que mil cabezas de otros tales como tú ha de costar el faltar ahora la suya. Yo a esto no le respondí nada, sino viniéndome... llevé a los dos Japoneses a la nao...²⁵ Estos dos hombres rescatados son el mencionado Anjirō y un criado de éste, que se hizo cristiano en Goa y posteriormente acompañó también a Francisco Javier en su primer viaje a Japón, y que solamente conocemos por su nombre cristiano de: Juan de Torres.

Tras regresar a Malaca, Jorge Álvares y Mendes Pinto se encontraron con Francisco Javier, quien acababa de regresar de las Molucas, donde en vano había procurado convertir al cristianismo a los infieles cazadores de cabezas de aquella región adyacente a Papua Nueva Guinea. “Hallamos en aquella ciudad al padre maestro Francisco Xavier, Rector universal de la Compañía de Jesús en aquella parte de la India,... Luego tuvo nuevas aquel padre de nuestra llegada y de cómo traíamos al Japón Angi-roo... Últimamente le dijimos ... que traíamos dos Japoneses en nuestra compañía. El uno dellos, que parecía hombre de cuanta [de inteligencia], era muy discreto y docto en extremo en las leyes y sectas del Japón, que su reverencia holgaría de oír. Él mostró tanto alborozo por esto, que nosotros fuimos a la nao y trajimos al Japón al hospital, casa de aposento ordinaria de aquel bendito padre. Recibióle gustosamente y llevóle consigo a la India, para donde estaba de camino. Llegó a la ciudad de Goa y allí le hizo Cristiano, llamándole en el bautismo Paulo de santa Fe, mudando el primer nombre de Anji-roo. Presto supo leer y escribir nuestras letras, que era de ingenio agudo...”²⁶

Francisco Javier encontró en el relato que Jorge Álvares y Mendes Pinto le hicieron sobre Japón, la tierra prometida de la evangelización, el Dorado que con tanto ahínco y tan poco fruto había estado buscando desde la India hasta las Molucas. El afecto que sintió por los dos japoneses —y en especial por Anjirō— fue inmediato. Su inteligencia, curiosidad y buena disposición para recibir lo que Javier estaba deseoso de enseñarle, le robó la voluntad. Encontró en Anjirō un tipo de hombre completamente distinto del individuo indiferente y apático a la enseñanza de la fe que había hallado en su larga peregrinación por las regiones de Asia. Tan entusiasmado quedó con lo que le contaron los dos mercaderes portugueses, que pidió encarecidamente a Jorge Álvares que le pusiera

²⁵ Ibid., pp. 779 – 780.

²⁶ Ibid., pp. 781 – 782.

por escrito²⁷ todo lo que conocía sobre Japón. Este informe es fundamental para un primer conocimiento de Japón; resumiéndolo, Álvares describe: la naturaleza volcánica del país y su abundancia de aguas termales; la naturalidad con que ambos sexos se bañan en estas fuentes sin ningún pudor; los cultivos intensivos de arroz en pequeñas parcelas; la escasez de la ganadería y de los animales de granja; los frecuentes terremotos y los habituales tifones; la extrema formalidad y meticulosidad del temperamento japonés; el orgullo y la marcialidad de su carácter; la costumbre de la clase alta y media de ir siempre armada con espadas; asimismo, destaca su natural curiosidad por toda novedad; acertadamente señala que, aunque la mujer japonesa se encuentra en una aparente inferioridad dentro de la estructura social, es por lo general ella la que domina la situación familiar y, muchas veces también, la política. Álvares —lo mismo que los demás portugueses y españoles— quedó horrorizado por la difusión y aceptación general de la sodomía, principalmente entre los bonzos. Acertadamente señaló que, aunque chinos y japoneses usan los mismos signos de escritura y pueden entender aproximadamente lo que está escrito, ni unos ni otros podían entender sus respectivas hablas. La exactitud de las observaciones del capitán portugués sorprende aún hoy día.

Ilusionado con esta reseña, y llevando consigo a Anjirō y al otro japonés que conocemos como Juan de Torres, Javier partió hacia Goa a finales de diciembre de 1547. El domingo de Pentecostés de 1548, Anjirō y Juan recibieron el bautismo. Todo el año 1548, estuvo cavilando y preparando en Goa su viaje. En abril de 1549, acompañado del padre Cosme de Torres y el lego Juan Fernández —ambos españoles—, Anjirō, Juan y otro japonés, más dos sirvientes: un malabar y un chino partieron de Goa, llegando a Malaca a finales de mayo. El 15 de agosto, zarparon de esta Ciudad. Para llevar a cabo esta travesía, contó con la importante cooperación del Capitán de Malaca don Pedro da Silva²⁸ —hijo de Vasco da Gama, descubridor del camino a la India— quien le ayudó generosamente para que preparara el viaje, don Pedro fletó a su costa la nave y contrató al capitán chino que los habría de conducir hasta Japón.

V SAN FRANCISCO JAVIER Y EL DORADO DE LA FE, LLAMADO: JAPÓN

A través de la lectura de sus *Cartas y escritos* podemos formarnos una idea de cómo era la personalidad de San Francisco Javier. Lo primero que comprobamos, es su enraizada sinceridad, una cierta candidez, el raptó de dejarse llevar por lo que le parecía que era impostergable y la

²⁷ Dice Boxer en su obra, *The Christian Century in Japan*: “The report of the Portuguese captain Jorge Álvares (December, 1547) is more valuable, because he was clearly a much better educated and more observant man than the Galician sailor. It is also of interest as being the last report available by a layman, for after the arrival of Francis Xavier, Japan is seen only through missionay spectacles until the coming of the heretic Hollanders half a Century later...”

²⁸ San Francisco Javier, *Cartas y escritos*, Documento 84, Malaca, 20-22 de junio de 1549, p. 325. “Llegamos a esta ciudad de Malaca el ultimo día de mayo,... Hablé luego al capitán para que nos aviara la ida a Japón, y él se ofreció luego a eso y lo puso luego por obra, no con poca diligencia y amor; al cual todos nosotros mucho debemos por despacharnos así y aviar con tanta caridad...”

creencia en la necesidad de convertir a la verdadera fe de Cristo a millones de desdichados que, sin su ayuda y remedio espiritual, estaban condenados al fuego eterno. En sus escritos se nos hace patente también su inteligencia, su sentido militar de la disciplina y su espíritu andariego e inquieto y un cierto desánimo ante la adversidad que lo lleva a plantearse nuevas y floridas metas. Este dejo de abatimiento se transparenta en sus últimas cartas que, como un río subterráneo, fue socavando su roqueño espíritu al tener conciencia de que su esfuerzo apenas había servido para cosechar un puñado contable de almas, muy inferior al que su ardor le exigía. Creo que aquí radica la causa principal del deslumbramiento que sufrió, cuando Jorge Álvares y Mendes Pinto le contaron las posibilidades evangélicas de ese nuevo Dorado de la fe, llamado: Japón.

Dejemos que Francisco Javier, por sí mismo, cuente cómo se gestó su propósito. “Estando en esta ciudad de Malaca, me dieron grandes nuevas unos mercaderes portugueses, hombres de mucho crédito, de unas islas muy grandes, de poco tiempo a esta parte descubiertas, las cuales se llama las islas de Japón, donde, según parecer de ellos, se haría mucho fruto en acrecentar nuestra santa fe, más que en ningunas otras partes de la India, por ser ella una gente deseosa de saber en grande manera, lo que no tienen estos gentiles de la India. Vino con estos mercaderes portugueses un japon, llamado por nombre Angeró²⁹, en busca mía... Si así son todos los japoneses tan curiosos de saber como Angeró, paréceme que es gente más curiosa de cuantas tierras son descubiertas. Este Angeró escribía los artículos de la fe cuando venía a la doctrina cristiana...”³⁰

Mucho caviló Javier sobre este viaje. No obstante, sus dudas se vieron aminoradas por las promesas que le hacía Anjirō sobre el recto juicio y el buen criterio de los japoneses. Para el futuro Santo, el dogma cristiano era tan evidente y claro que, cualquiera con una mediana lucidez y un razonamiento lógico, tenía que aceptarlo. Sin embargo, las dudas persistían, y así las manifestó en

²⁹ Anjirō (アンジロー) o Yajirō (ヤジロウ) o Paulo de Santa Fe (1511–1550) es un hombre extraño. Al que considero que tiene todas las características de aquellos japoneses que no se encuentran a gusto en la sociedad que les ha visto nacer. Inteligente, inquieto, revoltoso, temperamental, conocedor de lenguas: portugués y chino y oscilando siempre entre el delito y la santidad. Nació en Kagoshima hacia 1511, se supone que de noble familia. Perseguido en 1547 por una fechoría que ignoramos (homicidio, robo, deudas), tuvo la suerte de ser rescatado de sus perseguidores por Fernão Mendes Pinto. En Malaca conoció a Francisco Javier. Fue con él a Goa, y allí recibió el bautismo adoptando el nombre de: Paulo de Santa Fe. En el año 1549, acompañó a Javier hasta Kagoshima, siendo su traductor, apoyo y principal báculo en los primeros pasos del futuro Santo por tierras japonesa. Se dice que entre sus pariente y amigos, Anjirō ganó para el cristianismo más de 100 almas. Cuando el misionero decidió emprender el viaje a Yamaguchi y luego a Kioto, en su vano intento por entrevistarse con el Emperador Go-Nara, llevó con él a Cosme de Torres y a Juan Fernández, dejando a Anjirō como vicario de la primera comunidad cristiana de Kagoshima. Antes de que Javier partiera definitivamente de Japón, en octubre de 1551, Anjirō trocó el celo evangelio por el oficio de pirata. Algunos textos hagiográficos achacan este cambio a la persecución y enaflamiento de los bonzos. Me parece una excusa poco creíble y menos válida. Así, en el año 1550, cuando Francisco Javier estaba todavía andando por los caminos que iban de Yamaguchi a Miako o Miyako (Kioto), se juntó con un grupo de japoneses que iban a China en plan de corsarios y salteadores, y este mismo año murió en un enfrentamiento con las defensas costeras de este país. Resulta extraño que Francisco Javier no tomara algunas precauciones ante un personaje tan insólito, porque creo que debió de haberse dado cuenta del carácter mercurial e inestable de Anjirō. Según nos cuenta Mendes Pinto en su obra *Peregrinação: Paulo predicó durante cinco meses y, acosados por los bonzos, se vio forzado a huir a China, donde murió a manos de unos corsarios*. Esto quiere decir que su fe duró solamente cinco meses en ausencia de su mentor.

³⁰ San Francisco Javier, *Cartas y escritos*, Biblioteca de Autores Cristianos (B. A. C.), Madrid 1996; *Documento 59, párrafo 15-16*, Cochín, 20 de enero de 1548, pp. 223–224.

la carta que desde Cochín³¹ dirigió a Juan III de Portugal, el 20 de enero de 1548. “Yo, señor, no estoy del todo determinado de ir a Japón, mas vame pareciendo que sí, porque desconfío mucho que no he de tener verdadero favor en la India para acrecentar nuestra santa fe, ni para conservación de la cristiandad que está hecha.”³²

Después de algo más de dos meses, Javier ya casi estaba decidido a emprender la aventura japonesa. En la carta que escribió desde Goa, el 2 de abril de 1548, a Diego Pereira —rico comerciante de esta ciudad e íntimo amigo de Francisco Javier, que había partido para China antes de que éste llegara— así se lo expresa. “... Y también tuviera mucho gusto y contentamiento de comunicar con v. m. algunas cosas, como con amigo mío verdadero y del alma, acerca de darle cuenta de un viaje y peregrinación que, de aquí a un año, espero hacer para Japón, por la mucha información que tengo del fruto que allá se puede hacer en acrecentar nuestra santa fe.”³³

Entre la última carta del 2 de abril de 1548 —donde anuncia su intención de ir a Japón— y la siguiente del 12 de enero de 1549 han pasado ocho meses. En este lapso de tiempo, su afán por ir a este país se vio fortalecido hasta tal punto que, a pesar de todos los peligros que sabía que tendría que afrontar, sintió el viaje como una urgencia física y psíquica. Dos son las razones que explican esta determinación. La primera fue el fracaso que había sufrido en su trabajo de evangelización por tierras de la India, Molucas y Malaca, donde no obtuvo los frutos que esperaba. La segunda tenemos que buscarla en la fascinación que ejerció Anjirō sobre él. Suponemos que Paulo de Santa Fe tuvo que ser cumplidor, detallista, inteligente, de agradable y cortés trato y de mesurada y cautivadora conversación; en fin, suponemos que debía de tener muchas de las cualidades de su padre espiritual Ignacio de Loyola. Imaginamos también que tuvo que sufrir de súbitos cambios de humor que influyeron fuertemente en su conducta. En la carta que el 12 de enero de 1549 dirige desde Cochín a Ignacio de Loyola, manifestaba ya su inquebrantable determinación. “También hago saber a vuestra caridad que,... Los indios naturales de esta partes son de esta calidad: por sus grandes pecados no son nada inclinados a las cosas de nuestra santa fe, más antes les aborrece mucho y les pesa mortalmente, cuando les hablamos y rogamos que se hagan cristianos,... Por estas causas y otras muchas, que serían largo de contar, y por la mucha información que tengo de Japón, que es una isla³⁴ que está cerca de la China, y porque son todos en Japón gentiles y no hay moros ni

³¹ Cochín o Kochi es un puerto en la costa occidental de la India, en el actual estado de Kerala. Fue junto con Goa uno de los centros importantes de la presencia portuguesa en el subcontinente indio. Se encuentra a unos 771 kms al sur de Goa y a unos 290 kms al norte del Cabo de Comorin, en el extremo meridional de la India.

³² *Ibid.*, *Documento 61, párrafo 9*, Cochín, 20 de enero de 1548, p. 233.

³³ *Ibid.*, *Documento 65, párrafo 1*, Goa, 2 de abril de 1548, p. 248.

³⁴ Francisco Javier todavía ignoraba que Japón está compuesto de varias islas. Solamente en las cartas que escriba ya estando en el país, usará el plural. Esto indica que Anjirō no le proporcionó toda la información que suponemos tenía que conocer, sino aquella que, por orgullo patriótico u otras razones que desconocemos, a él le interesaban, como: la disciplina de los japoneses, su deseo de aprender cosas nuevas, su lógica y discernimiento que les otorgaban una especial facultad para distinguir las cosas ciertas de las falsas.

judíos y gente muy curiosa y deseosa de saber cosas nuevas, así de Dios como de otras cosas naturales, determiné de ir a esa tierra con mucha satisfacción interior... Tengo grande esperanza, y ésta toda en Dios nuestro Señor, que se han de hacer muchos cristianos en Japón.”³⁵ Estas grandes esperanzas —como ya lo hemos indicado— se basaron principalmente en que Javier confundió el modelo que le hizo ver Anjirō, como patrón de lo que eran todos los japoneses. Paulo había aceptado sin objeción hacerse cristiano, había aprendido en escasos ocho meses a hablar, leer y escribir portugués. ¿Qué más se podía pedir en cuanto a buena disposición? Era el culmen de lo que cualquier catequista y maestro sueña. Por eso la apostilla de: *según dice Pablo*, se repite insistentemente en las cartas de esta época.

Dos días más tarde, el 14 de enero de 1549, en una nueva carta dirigida a Ignacio de Loyola, le explica su firme decisión e incluso quiénes le acompañarán en la aventura evangélica. La cautela de la primera misiva y la revelación de la segunda puede indicar que, Javier tenía ciertas dudas o temores en revelar en primera instancia su propósito a su padre espiritual. “Llevaré conmigo a un padre valenciano, llamado Cosme de Torres, el cual entró aquí en la Compañía, y tres jóvenes de Japón. Partiremos con la ayuda de Dios, este mes de abril de 1549. Tenemos que pasar por Malaca y por China; y habrá de Goa a Japón más de 1.300 leguas³⁶. Jamás podría terminar de escribir cuánta consolación interior siento en hacer este viaje, estando como está lleno de grandes peligros de muerte por los vientos y tempestades y bajos y muchos ladrones: cuando de cuatro naves se salvan dos naves, parece gran ventura...”³⁷ En esta carta todavía no menciona al cordobés Juan Fernández quien —como Cosme de Torres— se quedaría hasta su muerte en Japón, sucedida en junio de 1567.

En la misma fecha escribió al Provincial de los jesuitas en Lisboa, Simão Rodrigues,³⁸ sobre su firme determinación de realizar el viaje a Japón, porque “... me dieron información de aquella isla, como veréis por un cuaderno que allá os mando, que fue sacado por la información que nos dio Paulo de Santa Fe, hombre de mucha verdad...”³⁹ Cabe preguntarnos qué pruebas tuvo para afirmar que Anjirō era: *hombre de mucha verdad*. Sabía patentemente que era un pecador, perseguido en su tierra por la justicia y que posiblemente en otro tiempo tomara parte como pirata o wakō (倭寇),

³⁵ *Ibid.*, Documento 70, párrafo 7 – 8, Cochín, 12 de enero de 1549, pp. 268 – 269.

³⁶ La legua es una medida itineraria y se refiere siempre a un determinado tiempo de marcha a pie; es decir, el trayecto que se puede andar durante una hora. Una persona puede recorrer en este tiempo una distancia entre 4 y 5 kilómetros. La legua marina consiste en un 1/20 de grado del meridiano terrestre, es decir unos 5,55 km. Por lo tanto, Javier calculó la distancia que hay entre Goa y Japón en: 1.300 leguas X 5 = 6.500 kilómetros aproximadamente. En línea directa hay 5.973, con lo que el trayecto que tuvieron que hacer, superaba los 6.500 km.

³⁷ *Ibid.*, Documento 71, párrafo 10, Cochín, 14 de enero de 1549, p. 277.

³⁸ Simão Rodrigues de Azevedo (1510-1579), nació en una noble familia portuguesa y fue junto con Diego Laínez, Nicolás de Bobadilla, Alfonso Salmerón, Pedro Fabro y Francisco Javier, uno de los seis primeros compañeros de Ignacio de Loyola en la fundación de la Compañía de Jesús. Era el Superior de la Compañía de Jesús en todos los territorios del Reino de Portugal.

³⁹ *Ibid.*, Documento 74, párrafo 3, Cochín, 20 de enero de 1549, p. 286.

empleo habitual de los japoneses que vivían en la zona meridional de país. Pero quizá nos estemos apresurando en emitir juicios; y Francisco Javier no estuviera tan cautivo de Paulo como lo aparentaba en su correspondencia, sino rehén de sus propias desesperanzas y anhelos, de su abatimiento y optimismo, de su ansia por atraer un mayor número de conversos a la fe de Cristo sin poder lograrlo. En una carta clara y categórica, que escribió el 26 de enero de 1549 al Rey Juan III de Portugal, dice expresamente: “Perdóneme V. A que tan claro le hable, porque a ello me obliga el amor desinteresado que le tengo... Yo, Señor, porque sé lo que acá pasa, ninguna esperanza tengo que se han de cumplir en la India mandatos ni provisiones que, a favor de la cristiandad, ha mandado: y por eso casi voy huyendo para Japón, por no perder más tiempo del pasado...”⁴⁰

Desde Malaca, el día 20 de junio de 1549, cuatro días antes de partir hacia Japón, escribió al Rey Juan III. “Llegamos todos seis”⁴¹ aquí a Malaca el último de mayo de mil y quinientos cuarenta y nueve años. El capitán de esta fortaleza nos recibió aquí a todos con mucho amor y caridad, ofreciéndose a nos favorecer y ayudar en este viaje que íbamos a hacer, por ser mucho servicio de Dios y de vuestra alteza. Y trabajó tanto en darnos buena embarcación, que bien cumplió las promesas que nos hizo el día que llegamos,... Por amor de Dios nuestro señor que vuestra alteza pague por nosotros lo mucho que debemos a don Pedro da Silva⁴² Mandónos dar todo lo necesario para nuestro viaje muy cumplidamente, y para cuando llegásemos a Japón, así para nuestro mantenimiento por algún tiempo, como para hacernos una casa de oración para decir misa;...”⁴³

Dos días más tarde, el 22 de junio, vuelve a escribir a la Compañía de Jesús en Europa, confesando lo difícil que le ha sido decidirse a hacer este viaje. “Mucho tiempo estuve, después de tener información de Japón, si iría o no allá, para determinarme; y después que Dios nuestro Señor quiso darme a sentir, dentro de mi alma, ser el servidor que fuera a Japón, para en aquella partes servirlo, paréceme que, si lo dejara de hacer, fuera peor de lo que son los infieles de Japón. Mucho trabajó el enemigo [el demonio] para impedirme esta ida; no sé lo que recela de que vayamos nosotros a Japón...”⁴⁴

⁴⁰ *Ibíd.*, Documento 77, párrafo 3, Cochin, 26 de enero de 1549, p. 289.

⁴¹ Los seis a que se refiere son: el mismo Francisco Javier, Cosme de Torres y Juan Fernández —que aunque Javier dice en algunas de sus cartas que son portugueses, los tres son españoles (uno, navarro, el otro, valenciano y el último, andaluz). Y los tres japoneses: Anjirō, el criado de Anjirō: Juan de Torres y otro japonés que sólo conocemos con el nombre de: Antonio. También les acompañaban dos sirvientes, un malabar de Cochin y un chino que llevaba por nombre: Manuel China. Manuel casi se mata durante una tempestad, al caer de cabeza en la sentina del barco. Días después, la hija del capitán del junco cayó al mar y se ahogó. La deidad que llevaban en la nave —y a la que los tripulantes y el capitán consultaban ante cualquier calamidad—, determinó que la niña había muerto como recompensa por la salvación de Manuel China.

⁴² La esplendidez del Capitán General de Malaca, don Pedro da Silva da Gama, con Francisco Javier y sus compañeros en la preparación de este viaje a Japón contrasta con la actitud entorpecedora y huraña que su hermano menor don Álvaro Ataíde da Gama —también Capitán de Malaca entre 1552 y 1554— tuvo para Javier tres años más tarde, cuando éste preparaba el viaje a China. No sólo le expropio la nave que lo habría de llevar sino que se negó a permitirle salir de Malaca. Tal fue el enfado de Javier, que pidió a Roma su inmediata excomunión por obstruir la difusión del evangelio.

⁴³ *Ibíd.*, Documento 83, párrafo 3, Malaca, 20 de junio de 1549, p. 322.

⁴⁴ *Ibíd.*, Documento 85, párrafo 8, Malaca, 22 de junio de 1549, p. 336.

El 24 de junio de 1549, día de San Juan por la tarde, partieron hacia Japón en un pequeño junco chino. La única nave que, tras muchas gestiones, don Pedro da Silva pudo conseguir. La siguiente carta que se tiene, es del 5 de noviembre de este mismo año, desde la ciudad de Kagoshima. La azarosa travesía había estado plagada de tempestades, desgracias y sinsabores. El capitán chino del junco —gentil y que llevaba el poco alentador nombre de: Ladrón— infinidad de veces estuvo por suspender el viaje y dejar a los pasajeros abandonados en alguna isla del Mar de la China. Y con mucho placer así lo hubiese hecho, si no habría sido porque en Malaca, previsoramente don Pedro da Silva, le había incautado todos los bienes y propiedades, e incluso la esposa y los hijos habían quedado como rehenes en garantía de que cumpliría con lo pactado.

Tras algo menos de dos meses de travesía y quebrantos —durante los que el Capitán y la tripulación china sólo parecían obedecer a los dictados del ídolo que llevaban en el junco, y que para Javier era la representación de Satanás—, el 15 de agosto, día de la Asunción, desembarcaron en el puerto de Kagoshima. En los primeros meses, sucumbió a la misma fascinación que cualquier turista moderno tiene al llegar por primera vez Japón. Desde su desembarco el 15 de agosto hasta su primera carta dirigida a: *Sus compañeros residentes en Goa*, escrita en Kagoshima el 5 de noviembre de 1549, han transcurrido dos meses y medio que, suponemos, fueron de grandes sobresaltos, de muchas perplejidades y peores momentos. Aún así, Francisco Javier todavía se halla plétórico de entusiasmo a coleccionar por lo que escribe en esta fecha. “De Japán, por la experiencia que de la tierra tenemos, os hago saber lo que de ella tenemos alcanzado; primeramente, la gente que hasta ahora tenemos conversado, es la mejor que hasta ahora está descubierta, y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses. Es gente de muy buena conversación, y generalmente buena y no maliciosa, gente de honra mucho a maravilla, estiman más la honra que ninguna otra cosa, es gente pobre en general, y la pobreza entre hidalgos y los que no lo son, no la tienen por afrenta... Es gente de mucha cortesía unos con otros, precian muchos las armas y confían mucho en ellas; siempre traen espadas y puñales, y esto todas las gentes, así hidalgos como gente baja,⁴⁵ de edad de catorce años traen ya espada y puñal... Huelgan mucho de oír cosas de Dios, principalmente cuando las entienden. De cuantas tierras tengo vistas en mi vida, así de los que son cristianos como de los que no lo son, nunca vi gente tan fiel acerca de hurtar.”⁴⁶

Básicamente, su juicio sobre que *los japoneses son la mejor gente de todas las tierras descubiertas*, se basa en cinco razones que aún hoy día se pueden considerar válidas: la primera

⁴⁵ Cuando Francisco Javier llegó a Japón, en 1549, todavía se le permitía a las clases bajas de comerciantes, artesanos y campesinos llevar espadas y puñales. Según Alessandro Valignano (1539-1606) después de la Batalla de Sekigahara (関ヶ原) la cual tuvo lugar el día 21 de octubre del año 1601, en la que las fuerzas de Toyotomi Hideyori, hijo de Toyotomi Hideyoshi quedaron derrotadas por el ejército de Tokugawa Ieyasu, quedó terminantemente prohibido, bajo pena de muerte, el uso de armas para todo aquel japonés, con la excepción de aquellos que pertenecían a la clase bushidō (武士道) o aristocrática.

⁴⁶ *Ibid.*, Documento 90, párrafo 12–13 –15, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549, pp. 354–355.

consiste en el general respeto a la propiedad privada y la ausencia de robos; la segunda, en que no es gente maliciosa; la tercer, en que estiman la honra más que ninguna otra cosa; la cuarta, en que no consideran la pobreza como una afrenta; y por último, la quinta, en que es gente de mucha cortesía unos con otros.

Aún hoy día, la ausencia de robos y violencia es un hecho social sorprendente que, como Francisco Javier dice: no existe ni en tierras de cristianos ni de paganos. Con la afirmación de que: *no es gente maliciosa*, sin duda quiso referirse a la falta de fingimiento que, por lo general, tienen los japoneses y a esa sinceridad casi ingenua —que a veces los adorna— y que suele sorprender a los foráneos. En cuanto a la tercera y cuarta razón, es natural que un hidalgo español —como lo era Javier— y que por ser jesuita había hecho votos de pobreza, le fascinara en extremo tanto la virtud de la honra como la sobriedad y templanza en el vivir. En cuanto a que es gente de mucha cortesía, es evidente que cualquier extranjero queda agradablemente impresionado por la formalidad y el trato cortés de los japoneses; cortesía y formalidad que cuando la situación no lo requiere, desaparece por arte de ensalmo, dejando al desprevenido forastero perplejo y desorientado. Más difícil se nos hace entender la reflexión de que: *es gente de muy buena conversación*; a no ser que el marrullero y locuaz Anjirō, —que era el único medio de comunicación que los tres jesuitas españoles tenían para entenderse con los demás japoneses— los embaucara fantaseando diálogos imaginarios. Ciertamente, los japoneses pueden ser magníficos inquisidores, siempre que les interese un tema concreto, pero muy pocas veces llegan a ser *gente de muy buena conversación*.

La despreocupación con la que los japoneses tomaban los extravíos sexuales es el punto más turbio y que más atribulaba a Francisco Javier. “De dos cosas me espanté mucho en esta tierra: la primera, ver que grandes pecados abominables se tienen en poco,... y cómo la continuación de los vicios que son contra natura corrompen a los naturales;... La segunda, en ver que los legos viven mejor en su estado de lo que viven los bonzos en el suyo,... Hay muchos otros yerros entre estos bonzos, y los que más saben los tienen mayores.”⁴⁷ La aceptada sodomía y el despreocupado concubinato en que vivían los bonzos con las monjas budistas dentro de lo templos le horrorizó, lo mismo que suponemos habrá espantado a sus otros dos compañeros: Cosme de Torres y Juan Fernández.

Desde esta carta del 5 de noviembre de 1549 en Kagoshima hasta la siguiente que escribió el 29 de enero de 1552 desde Cochín, a sus compañeros de Europa, pasaron algo más de veintinueve meses de silencio. A principios del año 1552, Japón ya era solamente un amargo recuerdo. Cuatro meses antes, en septiembre de 1551, Javier se había dirigido de la ciudad de Yamaguchi al Reino de Bungo. Un mes más tarde, a finales de octubre, se encontró con Mendes Pinto en el puerto de Funcheo. Estaba cansado, enfermo y sentía dolorosamente el fracaso. Había dejado en Hirado a su

⁴⁷ Ibid., Documento 90, párrafo 18, Kagoshima, 5 de noviembre de 1549, p. 356.

compañero Cosme de Torres y en Yamaguchi a Juan Fernández. Los mercaderes portugueses lo convencieron para que se embarcara con ellos hacia Malaca. Así lo hizo. Salió de Japón a finales de octubre de 1541, en la nao Santa Cruz que capitaneaba Diego de Pereira, quien durante el trayecto le habló de lo importante que sería implantar el cristianismo en China con el fin de convencer a los japoneses. La experiencia de Francisco Javier por tierras japonesas había durado escasamente veintiséis meses. Tiempo suficiente para que su entusiasmo disminuyera y su comprensión aumentara. En esta carta que escribió desde Cochín, el 29 de enero de 1552, dice: “Esta tierra de Japón es muy grande: son islas. En toda esta tierra no hay más que una lengua, y ésta no es muy difícil de tomar. Hace ocho o nueve años que fueron descubiertas estas islas de Japón por los portugueses. Son los japoneses gente de mucha opinión [engreimiento], en parecerles que en armas y caballerías no hay otros como ellos. Gente es que tiene en poco a otra gente extranjera... Es gente de grande cortesía entre ellos, aunque con extranjeros no usan aquellas cortesías, porque los tienen en poco. En vestidos, armas y criados gastan todo cuanto tienen, sin guardar tesoros. Son muy belicosos y viven siempre en guerra, y quien más puede, es mayor señor... Hay nueve maneras de doctrinas, diferentes unas de las otras, y así hombres como mujeres, cada uno según su voluntad, escoge la doctrina que quiere, y a ninguno fuerzan que sea más de una secta que de otra; de manera que hay casas en que el marido es de una secta, y la mujer de otra, y los hijos de otra; y esto no se extraña entre ellos, porque cada uno escoge de su voluntad...”⁴⁸

Javier ya tiene un mejor enfoque y comprensión del comportamiento de los japoneses hacia los extranjeros. También de su radical indiferencia doctrinal o sectaria. No pudo hallar una explicación lógica a la frivolidad con que las diferentes sectas trataban el pecado o culpa moral. Si le admiró que los delitos como el robo y el crimen se pagaran de una manera draconiana y expeditiva con la muerte; y que los pecados morales y espirituales apenas tuvieran el castigo fugaz de un infierno pasajero.

En esta misma carta, cuenta resumidamente los hechos más importantes de su estancia en Japón. “Ahora diré lo que nos sucedió en Japón. Primeramente llegamos a la tierra de Paulo, como arriba dije, que se llama Cangoxima, donde por las muchas predicaciones que Paulo predicó a sus parientes, se hicieron cerca de cien cristianos;... En el dicho lugar estuvimos más de una año... Acabaron los bonzos con el duque de la tierra⁴⁹ que mandase que, so pena de muerte, ninguno se hiciese cristiano; y así lo mandó el duque que ninguno se hiciese de la ley de Dios... En este año que estuvimos en el lugar de Paulo, nos ocupamos en doctrinar a los cristianos, en aprender la

⁴⁸ Ibid., *Documento 96, párrafos 2–3–6*, Cochín, 29 de enero de 1552, pp. 384–386.

⁴⁹ Shimazu Takahisa (島津貴久 1514-1571), en el momento que los tres jesuitas llegaron a Kagoshima era el Daimyō más poderoso de Kyūshū. Promovió activamente el comercio con los portugueses y, aunque en 1549 dio la bienvenida a Francisco Javier y sus dos compañeros, garantizándole la seguridad en sus dominios así como la libertad para predicar el evangelio, posteriormente se retractó debido a las protestas de los monjes budistas, que lo convencieron de que si el cristianismo prosperaba, su autoridad se vería mermada en favor de los extranjeros.

lengua, y en sacar muchas cosas de la ley de Dios en lengua de Japón... Pasado el año,⁵⁰ visto que el señor de la tierra no era contento que la ley de Dios fuese en crecimiento, nos fuimos para otra tierra...⁵¹ Quedó con estos cristianos Paulo, natural de la tierra, muy buen cristiano, para adoctrinarlos y enseñarles... A este tiempo ya uno de nosotros⁵² sabía hablar japonés, y leyendo por el libro que sacamos en lengua de Japón, con otras pláticas que hacíamos, se hacían muchos cristianos. En este lugar quedó el padre Cosme de Torres,⁵³ con los cristianos que se hacían. Juan Fernández y yo fuimos a una tierra de un grande señor de Japón,⁵⁴ la cual por nombre se llama Amanguche.⁵⁵ Es ciudad de más de diez mil vecinos, las casas todas de madera. En esta ciudad había muchos hidalgos y otra gente muy deseosa de saber qué ley era la que nosotros predicábamos. Así determinamos predicar por muchos días por las calles... Hacíanse pocos cristianos. Determinamos, visto el poco fruto que se hacía, de ir a una ciudad, la más principal de todo Japón, la cual por nombre se llama Miaco.⁵⁶ Estuvimos en el camino dos meses.⁵⁷ Pasamos muchos peligros en el camino, por causa de las muchas guerras que había por los lugares por donde íbamos.

⁵⁰ Javier, Cosme de Torres y Juan Fernández junto con los conversos: Juan, Antonio y Amador salieron de Kagoshima en agosto de 1550, habían llegado a ella el 15 de este mismo mes del año anterior.

⁵¹ De la ciudad de Kagoshima partieron hacia la isla de Hirado (平戸島 *Hirado-jima*) al noroeste de Kyūshū. Después de que Francisco Javier se alejara de Japón, en octubre de 1551, Cosme de Torres se estableció en Hirado, llegando a convertirla en el centro del cristianismo de la primera época, gracias a la protección que le ofreció su Daimyō, Matsuura Takanobu (松浦 隆信, 1529-1599), hasta que los jesuitas fueron expulsados.

⁵² El español Juan Fernández (?? Córdoba - 1567) fue el primero europeo que supo hablar japonés, también el primero en hacer un diccionario bilingüe y la primera gramática de la lengua japonesa. En unas de sus cartas, Francisco Javier dice: “*Aunque Juan Fernández es un simple lego, es de gran importancia en cuanto a su capacidad en el conocimiento de la lengua japonesa y en su aptitud y claridad para traducir cualquier cosa que el padre Cosme le sugiere.*”

⁵³ El valenciano Cosme de Torres fue, después de San Francisco Javier, el siguiente Superior de la Compañía de Jesús en Japón entre los años 1551 y 1570, y quien más tiempo ostentó este cargo durante la primera centuria del cristianismo en este país. En total, 19 años, es decir, casi una quinta parte de su historia. A él se debe el mayor número de conversiones y obtener para la Compañía el dominio de la Ciudad de Nagasaki. Con que ha obtenido por derecho propio el título de: *El hombre que hizo Nagasaki*. Lo imagino como un hombre sumamente político, habilidoso, realista y poco dado a utopías; todo lo contrario de lo que era su mentor y amigo Javier, aunque no muy dado a la escritura. Poco es lo que dice Francisco Javier de su compañero más importante, esto contrasta con los pormenores que nos da sobre Anjirō. Para conocer algo más sobre este valenciano tan especial, tenemos que recurrir a lo que nos cuenta Fernão Mendes Pinto en su *Peregrinação* sobre él. “*Castellano de nación, que siendo soldado había venido de Panamá al Maluco el año de mil quinientos y cuarenta y cuatro en la armada que había enviado el Virrey de la Nueva España. Este Cosme, por persuasión del padre Francisco, se había entrado en la Compañía en el Colegio de San Pablo de Goa; y desde allí le había llevado el padre Francisco por su compañero, juntamente con otro religioso lego, llamado hermano Juan Fernández, que era Andalúz y natural de Córdoba, hombre humilde y muy virtuoso. El Cosme quedó, pues en Firando y el padre Francisco, acompañado del hermano Juan, se partió a la ciudad de Miaco,...*” Mendes Pinto, Fernão; *Las Peregrinaciones*, Clásicos Alfaguara, Madrid 1982, pp. 805 – 806.

⁵⁴ El Señor de esta tierra es el Daimyō Ōuchi Yoshitaka (大内 義隆, 1507 – 1551), que pertenecía a la secta Shingon, por lo cual estaba fuertemente influido por los bonzos de este credo.

⁵⁵ La ciudad de Amanguche es Yamaguchi, sede principal de Ōuchi Yoshitaka (大内 義隆).

⁵⁶ Miaco o Miyako es la actual Kioto.

⁵⁷ A mediados de noviembre de 1550, San Francisco Javier salió de Yamaguchi hacia Kioto, acompañado por Juan Fernández y de Bernardo de Kagoshima (鹿児島島のベルナルド, 1557) —quien posteriormente sería el primer japonés en pisar suelo europeo—. Llegaron a Kioto en pleno invierno, hacia el 13 de enero de 1551, después de haber sufrido grandes vicisitudes y penurias. Cuenta Fernão Mendes Pinto en su obra: *Los fríos, lluvias y vientos son tales y tan de asiento que aun lo sufren mal los naturales, ¿qué sería para un forastero falta de abrigo y comida...* Hay que tener en cuenta que, en aquella época, todos los caminos en Japón eran de peaje. Y no disponiendo de dinero para abonar las gabelas de las aduanas, tuvieron que alojarse a algún señor como mozos de cuerda o costaleros, tanto en la ida de Yamaguchi a Kioto como en la vuelta.

No hablo de los grandes fríos que en aquellas partes de Miaco hace, y de los muchos ladrones que hay por el camino. Llegamos a Miaco y estuvimos algunos días.⁵⁸ Trabajamos por hablar con el rey,⁵⁹ para pedirle licencia para en su reino predicar la ley de Dios. No pudimos hablar con él. Y después que tuvimos información que no es obedecido de los suyos, dejamos de insistir en pedirle licencia para predicar en su reino... Visto que la tierra no estaba pacífica para manifestar la ley de Dios, tornamos otra vez a Amanguche,...⁶⁰

En las páginas siguientes de esta carta, Francisco Javier se consagra a explicar detalladamente las cuestiones teológicas que los bonzos le plantearon y al mejor modo de rebatirlas. No tenemos que olvidar que, el objetivo primordial de la correspondencia javeriana fue informar y advertir, a sus compañeros de Goa y Cochín, sobre las objeciones y refutaciones doctrinales que encontrarían cuando llegaran a Japón, y no el explayarse sobre sus vicisitudes y sufrimientos personales. Por eso no es de extrañar que encontremos poca información en su correspondencia, y que Fernão Mendes Pinto sea más explícito sobre la vida de Javier que él mismo. Una de las controversias, a la que dedica mayor número de páginas, es a la idea del castigo perpetuo que los réprobos tienen que sufrir en el Infierno. Para los japoneses era incomprensible que un Dios compasivo y misericordioso pudiese imponer martirios infinitos. Es evidente que la lógica de la clemencia y la misericordia contradice la idea de un castigo y sufrimiento perpetuo. Explicar cómo se resuelve racionalmente esta paradoja —a los detallistas e inquisitivos japoneses— entre un Dios caritativo y que a la vez impone castigos perennes, fue para San Francisco Javier uno de los puntos doctrinales que le dio mayor dificultades.

Si el absurdo entre clemencia y severidad del Dios cristiano provocaba consternación entre los japoneses; no era menos el asombro que a San Francisco Javier le causaba la idea que sus anfitriones tenían del Otro Mundo. “Tienen para sí que allá, en el otro mundo, comen y beben, visten y calzan, y quien allá es más rico, es más honrado y más favorecido de Xaca o Ameda o de los otros. Todos estos yerros tienen enseñados los bonzos,...”⁶¹ Para los japoneses era incomprensible que el Más Allá fuera el reverso de este Aquí. Para el cristiano, el Paraíso es lo opuesto del Mundo Terrenal. Sería largo y quizá tedioso pormenorizar los detalles de las refutaciones teológicas que Javier tuvo con los bonzos de las diferentes sectas; por eso, nos centraremos en los últimos meses que el futuro Santo pasó por tierras japonesas. El viaje a Miako o

⁵⁸ Aunque Francisco Javier habla en forma imprecisa de que en Miako (Kioto) estuvieron algunos días, la verdad es que apenas alcanzaron la suma de 11, algo más de una semana, con lo que, a finales de enero de 1551 emprendieron el regreso a Yamaguchi, llegando a esta ciudad a finales de marzo.

⁵⁹ El ‘rey’ es el Emperador Go-Nara (後奈良天皇 *Go-Nara-tennō*, 1495–1557). Reinó durante una de las épocas más difíciles de la Historia japonesa, desde 1526 hasta 1557, tal vez en el momento más crítico del Periodo Sengoku (戦国時代 *Sengoku jidai*) o Periodo de los Estados en Guerra.

⁶⁰ *Ibid.*, Documento 96, párrafos 13–14–15–16, Cochín, 29 de enero de 1552, pp. 388–391.

⁶¹ *Ibid.*, Documento 96, párrafo 33, Cochín, 29 de enero de 1552, p. 397.

Miyako (Kioto) fue un rotundo fracaso y un duro golpe para sus sueños evangelizadores. Después de regresar a Yamaguchi, a finales de marzo de 1551, entre abril y agosto lo pasó predicando por las calles, ayudado en la traducción al japonés por Juan Fernández y Bernardo de Kagoshima. Niños y adultos hacían mofa no sólo de lo que decían sino también de su apariencia. Los éxitos siguieron siendo mediocres y poco alentadores. En septiembre de 1551, le llegó la información de que había llegado una nao portuguesa al Reino de Bungo. Al enterarse de esta noticia, avisó a Cosme de Torres —que se hallaba en ese momento en Hirado— que viniera a Yamaguchi.⁶² Torres llegó el 10 de septiembre; y Francisco Javier emprendió inmediatamente el camino hacia Bungo. “Estando en este mismo lugar de Amanguche el padre Cosme de Torres y Juan Fernández y yo, un señor muy grande⁶³, que es el duque de Bungo, me escribió que llegase a donde él estaba, porque había llegado una nave de portugueses a su puerto y le importaba hablar conmigo ciertas cosas. Yo, por ver si se quería hacer cristiano, llegué a Bungo, quedando en Amanguche el padre Cosme de Torres y Juan Fernández con los cristianos que se habían hecho... Estando en Bungo, el demonio procuró cómo en Amanguche hubiese guerra⁶⁴ ... [sé] los grandes peligros en que se vieron el padre Cosme de Torres y Juan Fernández, en el tiempo de la guerra, por las cartas que me escribieron a Bungo,... De Bungo, sin ir a Amanguche, determiné venir a India en una nao de portugueses,⁶⁵ para verme y consolarme con los hermanos de la India, y para llevar padres de la Compañía a Japón, tales cuales la tierra los requiere,⁶⁶ y también para llevar algunas cosas necesarias de la India, de las cuales

⁶² De Hirado a Yamaguchi hay alrededor de unas 60 leguas, lo cual hace unos 250 km. aproximadamente. Esto quiere decir que, andar esta distancia debió insumirle a Cosme de Torres entre 10 y 13 días. La distancia entre la ciudad de Yamaguchi y Bungo es de unos 200 km., con lo cual Francisco Javier debió llegar al puerto de Funcheo en Bungo hacia finales de septiembre de 1551.

⁶³ Este Señor es Ōtomo Yoshishige (大友 義鎮, 1528–1587), príncipe de Bungo, aunque perteneció a la secta Zen, desde un principio favoreció a los cristianos. En el año 1578, recibió el bautismo tomando el nombre de Francisco. Posteriormente, persuadió a 70.000 de sus súbditos para que se hicieran cristianos como él. Murió en 1587 como buen creyente de la fe de Cristo.

⁶⁴ Esta guerra comenzó cuando, contra el daimyō de Yamaguchi: Ōuchi Yoshitaka (大内 義隆, 1507 – 1551) se sublevó su vasallo Sue Takafusa (陶 晴賢, 1521 – 1555). Derrotado y perseguido por éste, Ōuchi Yoshitaka después de dar muerte a su hijo, se suicidó haciendo harakiri o seppuku (切腹), ordenando que quemasen los cuerpos de los dos para que cuando viniese el enemigo, no hallasen ningún rastro de ellos.

⁶⁵ El hado —que se complace en tejer destinos, casualidades y desatinos— quiso que, en la nao portuguesa que había llegado a Bungo, viniera Fernão Mendes Pinto, el mismo que había plantado la semilla de la evangelización de Japón en su espíritu. Así cuenta Mendes Pinto el encuentro con su amigo Javier: “*En sabiendo Duarte da Gama, Capitán de nuestra nao, que el padre Francisco quedaba indispuesto en Pinlaxau, dio aviso a los portugueses que vivían de asiento, contratando en la ciudad de Fucheo... Y platicando sobre qué se iba a hacer, se asentó que se le fuese a buscar adonde él quedaba enfermo... a quien topamos andando un cuarto de legua del camino. Venía el santo padre a pie y con un lio a las espaldas, en que traía los ornamentos necesario para decir Misa...*” *Las Peregrinaciones*, Clásicos Alfaguara, p. 809.

⁶⁶ De lo que escribe en esta carta desde Cochín con fecha 29 de enero de 1552, se entiende que su intención era volver a Japón. Aunque este propósito quedó pronto desmentido con la nueva utopía que estaba gestando en esos momentos, que no era otra que: evangelizar algo mucho más grande y problemático, como es China. Parece que cambió su intención, al enterarse que un cierto número de portugueses, que estaban cautivos en Cantón, habían enviado una carta a Diego Pereira —comerciante de Goa y gran amigo de Javier, que había sido nombrado por el Virrey embajador en China— para que mandara una legación con el fin de liberarlos. Desde este momento Francisco Javier anheló ir a China con el fin de evangelizarla.

carece la tierra de Japón...⁶⁷ Llegué a Cochín a veinte y cuatro de enero, donde fui recibido del señor virrey con mucho agasajo. Este mes de abril del año 1552 irán padres de la India para Japón,... Espero en Dios nuestro Señor que se ha de hacer mucho fruto en aquellas partes, porque gente tan discreta y de buenos ingenios, deseosa de saber, obediente a la razón, y de otras muchas buenas partes, no puede ser sino que entre ellos se haga mucho fruto. Que los trabajos vengan a la luz y que duren siempre.⁶⁸ Antes de terminar esta carta, Francisco Javier ya había hecho el propósito de viajar a China para entrevistarse con el Emperador —otra vez sus sueños exceden la cordura— “...porque es tierra donde se puede mucho acrecer la ley de nuestro Señor Jesucristo; y si ahí la recibiesen, sería grande ayuda para que Japón desconfiara de las sectas en que creen...⁶⁹

San Francisco Javier es un hombre completamente inmerso en la fiebre evangélica. Es también un hombre que, aunque en algunos aspectos inconstante, es invulnerable al desánimo. El Dorado de la fe, que imaginaba sería Japón, —después de incontables penurias y esfuerzos que lo dejaron encanecido, desengañado y enfermo— se esfumó en el vacío, lo mismo que al despertar por la mañana, los dulces sueños se desvanecen dejándonos desocupados y perplejos. No obstante, pronto volvió a brotar en su espíritu una nueva quimera más desmesurada y fantástica: la evangelización del mítico Imperio chino.

Fernão Mendes Pinto también es un hombre tejedor asiduo de fantasías y espejismos, cualquiera que haya leído su libro, lo podrá corroborar. Quizá sus propósitos fueran más mezquinos y menos gigantescos, y por estas dos razones, más factibles. Mendes Pinto anheló ser mercader y se enriqueció. Se empeñó en emular a su amigo Javier en el denuedo por llevar la fe de Cristo a los japoneses y se hizo jesuita; sin embargo, pronto se desilusionó de sus compañeros y fue expulsado de la Compañía.

Vemos que, los dos primeros hombres que intentaron acercar Japón a Occidente y dejaron testimonio escrito de sus trabajos y hazañas, son dos enormes urdidores de ensueños. Quizá porque, para ser puente entre dos culturas y formas de ver el mundo radicalmente opuestas, la única manera posible sea el sentir y vivir el éxtasis de lo utópico. El práctico, el realista, el lógico tiene enraizados en exceso los pies en la tierra como para arrojar al abismo de la imaginación y la utopía. Y es la capacidad de fabricar ensueños y utopías, el motor que mueve a todos aquellos que se proponen ser puentes hacia realidades quiméricas que hasta ese momento no han sido alcanzadas por nadie. A esta categoría de hombres puente pertenecen Francisco Javier y Mendes Pinto.

⁶⁷ Una de las cosas más importantes, de las que Japón carecía en los primeros tiempos y que más problemas dio a los sacerdotes, fue la ausencia total de vino para hacer Misa. El vino que había era de arroz o sake (酒), un líquido que puede tener aspecto acuoso o lechoso. Además de ser muy caro, por lo que estaba reservado solamente para las clases privilegiadas, no tenía el color rojo de la sangre, por lo que consagrar con sake durante la Misa se volvía una parodia.

⁶⁸ *Ibid.*, Documento 96, párrafos 36–37–38–41, Cochín, 29 de enero de 1552, pp. 398–400.

⁶⁹ *Ibid.*, Documento 96, párrafo 51, Cochín, 29 de enero de 1552, p. 402.

Como los dos hombres claves en su descubrimiento y mostración a Europa, Japón también ha sido y sigue siendo un país fabricante de ensueños y utopías para la imaginación de muchos occidentales. Lo es principalmente en su estética del ceremonial y la cortesía, en sus jardines, en la arquitectura de sus templos, en sus *geisas* de ficción y porcelana que alumbraron obras como: *Madama Butterfly*, en sus artes marciales, en los arreglos florales; y para muchos jóvenes de hoy día en el Manga (漫画) o la películas de anime (アニメ).

Pero, como todos saben, infinidad de veces, los sueños se toman al calor de la noche en grandes y dolorosas alucinaciones. Japón puede mostrar ambas caras. Japón es un país de lirismos y tragedias, incluso para los propios hijos de esta tierra. Por supuesto, el País del Sol Naciente no es el único en mostrar esta doble faceta, pero considero que pocos la han exhibido a través de su Historia de manera tanta nítida y contrastada. Pocos países han sufrido tan grave pesadilla como Japón con sus quimeras de grandeza y espejismos de supremacía sobre los otros hombres de su entorno, patente en el horror de las dos bombas atómicas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki. El azar dispuso que esta ciudad de Nagasaki —arraigada por la saña de los Estados Unidos— fuera invención del valenciano Cosme de Torres y del cristianismo que él, junto con San Francisco Javier y Juan Fernández trajeron a Japón: la Última Thule (Θούλη) de la ambición descubridora europea, cuya primigenia mostración se debió a ese extraordinario fabulador que fue: Fernão Mendes Pinto.

Bibliografía

General

- Anesaki, Masaharu, *A Concordance to the History of the Kirishitan Missions*, Tokyo 1930.
 Boxer, C. R., *The Christian Century in Japan 1549 – 1650*. University of California Press, Los Angeles 1951.
 Francisco Javier, *Cartas y Escritos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996.
 Mendes Pinto, Fernão, *Las Peregrinaciones*, Clásicos Alfaguara, Madrid 1982.
 Otis Cary, A., *History of Christianity in Japan*, Rutland, Tokyo 2000.
 Pérez, Lorenzo, *Relación de Fr. Diego de San Francisco sobre la persecución del cristianismo en el Japón, 1625 – 1632*, Madrid 1914.
 Valignano, Alessandro, S.J. *Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en la India Orientales, 1542 – 1564*, Publicado por Josef Wicki, S.J., Roma 1944.
 Hermann, Oskar and Spate, Khristian, *The Spanish Lake*, Ed. Croom Helm, London 1979.

Sobre Cosme de Torres

- Pacheco, Diego, S. J., *El hombre que forjó a Nagasaki. Vida del P. Cosme de Torres, S. J.* Madrid, 1973.
 Antonio Cabezas, Antonio *El siglo ibérico del Japón. La presencia Hispano-portuguesa en Japón (1543–1643)*. Valladolid, 1994.
 Fujita, Neil S., *Japan's Encounter with Christianity: The Catholic Mission in Pre-Modern Japan*. New York, 1991.

Sobre Luís Sotelo

Pérez, Lorenzo, *Apostolado y Martirio del Beato Luís Sotelo en el Japón*, Madrid1924.

Sobre San Francisco Javier

Schurhammer, George, *Francisco Javier: Su vida y su tiempo (1506 – 1541)*, Tomo I Gobierno de Navarra 1992.

Schurhammer, George, *Francis Xavier: His Life, His Times, Japan and China, (1549 – 1552)*, Loyola, Pr. 1982.